



Relmecs, diciembre 2018, vol. 8, no. 1, e036, ISSN 1853-7863
Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
Centro Interdisciplinario de Metodología de las Ciencias Sociales.
Red Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales

“¿Qué pretende usted de mí?” Enfrentando obstáculos en las entrevistas a elites en una investigación sobre los senadores nacionales argentinos

“What do you want from me?” Facing obstacles in elite interviews in
a research on Argentine national senators

Gabriel Levita *

* Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL)-CONICET; Universidad Nacional de Lanús (UNLa);
Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina | levgab@hotmail.com; glevita@ceil-conicet.gov.ar

PALABRAS CLAVE

Entrevistas
Elites
Senadores
Argentina
Trayectorias
Diseño flexible

RESUMEN

Este artículo está basado en mi experiencia personal entrevistando a miembros de las elites políticas en el marco de mi investigación doctoral sobre las trayectorias sociales de los senadores nacionales argentinos que ocuparon sus bancas entre 2001 y 2011. El desarrollo de la experiencia en el trabajo de campo muestra los avatares y dificultades que los escritos metodológicos sobre entrevistas a elites señalan, tales como los problemas de acceso y las diferencias de poder que dan al entrevistado gran control de la situación. El artículo narra las formas en que esos obstáculos debieron ser sorteados para producir conocimiento válido y significativo. Además, sostengo la importancia del diseño de investigación flexible para readecuar las estrategias en el terreno, incorporando otros métodos como la observación y el uso de fuentes secundarias. La discusión de estas cuestiones puede ayudar a otros investigadores que trabajen sobre elites a realizar un mejor diseño de investigación y a conducir su trabajo de campo más satisfactoriamente.

KEYWORDS

Interviews
Elites
Senators
Argentina
Trajectories
Flexible research design

ABSTRACT

This article is based on my personal experience interviewing political elite members during my Ph.D. research on social trajectories of Argentine national senators who occupied their seats between 2001 and 2011. The description of the fieldwork experience shows the vicissitudes and difficulties pointed out by methodological works on elite interviews, such as access problems and power asymmetries, which give the interviewee a great control over the situation. This article narrates the ways in which those obstacles were overcome with the aim of producing valid and meaningful knowledge. Furthermore, I stress the importance of flexible research design in order to adjust strategies in the fieldwork by incorporating other methods like observation and the use of secondary sources. Discussing these issues may help other researchers working on elites to achieve a better design and improve their fieldwork.

Recibido: 1 de septiembre de 2016 | Aceptado: 16 de febrero de 2017 | Publicado: 15 de junio de 2018

Cita sugerida: Levita, G. (2018). “¿Qué pretende usted de mí?” Enfrentando obstáculos en las entrevistas a elites en una investigación sobre los senadores nacionales argentinos. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 8 (1), e036. <https://doi.org/10.24215/18537863e036>



Esta obra está bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es_AR

1. Introducción

Cuando comencé mi investigación doctoral sobre las trayectorias sociales de los senadores nacionales argentinos intenté realizar un aporte que fuera más allá de los trabajos cuantitativos –que eran los mayoritarios acerca de los políticos en la Argentina–, de modo que decidí volcarme a un diseño metodológico cualitativo. En ese camino terminé encontrando uno de los principales obstáculos en la realización de entrevistas a elites.

La literatura al respecto coincide en ubicar como problemática central las dificultades que presenta para el investigador el trabajo de campo con personas ubicadas en las posiciones más altas de distintos ámbitos e instituciones. Un mínimo común denominador de estos escritos puede sintetizarse en estas preguntas: ¿Cómo construir conocimiento válido frente a las complicaciones de entrevistar a las elites? ¿Cuáles son las estrategias metodológicas más convenientes para decir algo significativo sobre el objeto de estudio elegido?

Los teóricos clásicos de las elites como Mosca, Pareto y Michels ya enfatizaban los rasgos propios de la minoría privilegiada que detenta el poder por sobre el resto de la sociedad (Buarque de Hollanda, 2011). Las definiciones a partir de su posición institucional y de su liderazgo en distintos sectores permiten concebir a los senadores como parte de las elites políticas. Por su posición en el parlamento (Wright Mills, 1963) y por encontrarse en la cúspide de la política y de las instituciones de gobierno, teniendo influencia en su conducción (Germani, 1969).

En este trabajo desarrollo mi caso de investigación con senadores e ilustro los avatares y dificultades que los escritos metodológicos sobre entrevistas a elites señalan, a la vez que expongo un caso concreto en el que la reformulación del trabajo de campo y su articulación con otros métodos resultó imprescindible. Se trata de mi trabajo de tesis doctoral en el que realicé entrevistas y observaciones, además de valirme de gran cantidad de fuentes secundarias.¹

Asimismo, sostengo la importancia de enmarcar los trabajos sobre elites en diseños flexibles, dado que estos permiten adaptarse a las vicisitudes del campo y reformular el plan de trabajo ante las posibles y muy probables dificultades que surjan articulando las entrevistas con observaciones y complementándolas con otras fuentes.

2. Las entrevistas a elites como problema epistemológico, metodológico y práctico

Entendida como relación social antes que como una mera técnica de recolección de datos, la entrevista supone una interacción entre dos agentes con orígenes, trayectorias y posiciones sociales determinadas. En las ciencias sociales existe una larga tradición de reflexiones epistemológicas y metodológicas sobre este instrumento y sobre el lugar del investigador en relación a su objeto de estudio. Pero gran parte de la bibliografía sobre el tema toma como referencia las situaciones en las que el entrevistador tiene un origen y una posición social mayor o igual a la de su entrevistado. Ya sea centrándose en las asimetrías de poder entre ambos (Bourdieu, 1999), intentando “rescatar” las vivencias y relatos de los “marginados” (Ferrarotti, 1988) o desde los llamados métodos biográficos (Creswell, 1998; Mallimaci y Giménez Béliveau, 2006), suele darse por supuesto un tipo de relación en la que el investigador debe controlar su lugar de superioridad.

Las entrevistas a elites constituyen un capítulo aparte y también han sido problematizadas a partir de sus particularidades, entre las que sobresalen las diferencias de poder que dejan al entrevistador en una situación desventajosa. Los obstáculos que se presentan y el modo de sortearlos, así como toda una serie de consejos prácticos acerca de cómo preparar, conducir y procesar este tipo de entrevistas han ocupado diversos escritos de metodólogos o, simplemente, de investigadores que relatan sus propias experiencias.

La bibliografía proveniente del mundo anglosajón se ha centrado mayormente en las implicancias prácticas de la labor investigativa enumerando dificultades y trabas comunes, seguidas de recomendaciones para superarlas o morigerarlas (Dexter, 1970; Richards, 1996; Harvey, 2011). Entre las muchas ventajas que, en principio, son comunes a cualquier tipo de entrevista, señalan la posibilidad de acceder a información que no se encuentra disponible de otra manera y la capacidad de reconstruir redes de relaciones entre actores, también difícilmente identificables a partir de otras fuentes. Como inconvenientes a considerar, el énfasis está puesto en los problemas

de acceso a los entrevistados y, consecuentemente, las dificultades para alcanzar una muestra satisfactoria, la veracidad de las declaraciones y las ya mencionadas asimetrías de poder que debilitan la capacidad de controlar la situación por parte del investigador (Richards, 1996, pp. 200-201).

Desde el mundo académico francés las preocupaciones se han centrado más en comprender e ilustrar las dificultades de entrevistar a las elites que en proveer consejos y *tips*. Se han señalado asimismo los desafíos que las entrevistas a elites suponen para el científico social (Laurens, 2007), sin dejar de subrayar que son perfectamente válidas y útiles siempre que se realice un análisis reflexivo acerca de las especificidades de este tipo de interacción (Bachelot, 2011). El control de las reglas de la entrevista, el retaceo de información concreta y la objetivación de sí mismos son sólo algunas de las situaciones más comunes que plantean el desafío de *imponerse a los que se imponen* (Chamboredon, Pavis, Surdez y Willemez, 1994). Estas dificultades, que, en principio, son propias de la entrevista y comunes a actores de distintos niveles socioeconómicos y culturales, se acentúan al trabajar con elites.

Retomando esta literatura, coincidimos con Gené (2014, p. 114), quien reflexiona sobre la cuestión a partir de su trabajo de campo con los ministros del interior argentinos y apunta la utilidad de esta metodología para indagar sobre tres ejes: las trayectorias sociales de los entrevistados, sus representaciones sobre diversos tópicos y las prácticas que desarrollan en distintos ámbitos.

En suma, las implicancias metodológicas de este tipo de trabajos de campo han sido bien sintetizadas desde la antropología en reflexiones como las Gessaghi (2001) y las de Badaró y Vecchioli (2009).² Estos últimos destacan que

se trata de agentes que se definen, entre otras cosas, por la producción de información confidencial, la escasez de tiempo y la sobrecarga de actividades y, en algunos casos, el control estricto de la accesibilidad y la visibilidad (2009, p.11).

En el caso de los senadores estudiados, mi problema giraba entonces en torno a tres ejes: conseguir un número de entrevistados que satisficiera mi muestreo teórico, hacer de las entrevistas encuentros provechosos y resolver el modo en que iba a analizar un material producido en una relación tan particular ¿Qué estatuto le daría? ¿Qué adecuaciones debía realizar en mis hábitos metodológicos y epistemológicos para producir conocimiento válido y significativo? ¿Qué estrategias habría de encarar para que mi trabajo de campo fuera productivo en relación a los objetivos de mi investigación? Estos interrogantes estuvieron presentes durante toda la etapa de indagación empírica y llevarían a la postre a reformular algunas operaciones.

3. Un tesista en el Senado

3.1 La preparación del trabajo de campo

Mi investigación doctoral se centraba en las relaciones entre las trayectorias sociales de los senadores nacionales argentinos del período 2001-2011 y las ideas de nación que habían movilizado en los debates parlamentarios. Para sus características sociodemográficas y de carrera política tenía previsto analizar a todos los individuos de la población, mientras que para la reconstrucción de trayectorias me propuse realizar un muestro teórico, es decir, no al azar como en el caso de los muestreos estadísticos, sino por saturación teórica e intencionado en función de un primer criterio de relevancia: el de identificar actores con la mayor diversidad de características sociales posible (origen, posición social, carrera política, pertenencia partidaria, trayectorias, sociabilidades, representaciones, etc.). Para la selección de los debates a analizar, el muestreo también fue de tipo teórico.

Antes de comenzar con las entrevistas proyecté entonces una aproximación morfológica a la población mediante la elaboración de una matriz de datos que incluía la totalidad de los casos del universo recortado: todos los senadores nacionales que habían ocupado sus bancas entre diciembre de 2001 y diciembre de 2011, es decir 161

personas. Contaba con variables sociodemográficas, educacionales, laborales y de carrera política. Me propuse construir un cuadro con todas las variables que me parecieran significativas. Me basé para ello en otros trabajos y hasta en datos que no había esperado encontrar, pero con los que me topé y consideré útil tomar con miras a futuras comparaciones. Encaré este trabajo por “capas”. Así como al pintar una pared con la primera mano sólo comienza el trabajo y cada una que se le agrega va cubriendo mejor la superficie, también distintas fuentes fueron nutriendo la construcción de la matriz. Cada una fue tapando los poros dejados por las anteriores hasta que al final sólo restó cubrir pequeños baches o “manchas”, si bien nunca pude llegar a pintar todo.

Recordemos que los senadores, en tanto políticos, son personas con una intensa vida pública. No sólo la prensa y los académicos nos preguntamos por ellos, sino que también buscan hacerse conocidos y “vender” su imagen. Para ser senador hay que ser votado. Comencé con los datos de las cinco ediciones del Directorio Legislativo³ que cubren el período 2001-2011, ya que el grado de respuesta por parte de los senadores a esos cuestionarios era altísimo. También utilicé las biografías que algunos senadores publican en la página del Senado, diccionarios biográficos, datos del padrón electoral, notas periodísticas, entrevistas dadas a la prensa y hasta semblanzas que los políticos suben a sus páginas web personales, especialmente en épocas de elecciones. Una profunda crítica de las fuentes fue necesaria para despegarse tanto de las visiones hagiográficas como de las críticas de oponentes. Así pude armar un buen piso de datos para todos los senadores, que en algunos casos completé a partir de las entrevistas o de declaraciones coincidentes de más de uno de mis informantes.

Luego sí, para reconstruir las historias de vida de estos actores y, a través de ellas, sus redes de sociabilidad familiar, educativa, laboral, religiosa, etc. encaré la elaboración de entrevistas en profundidad. Acordé mi primer encuentro a través de una amiga de un amigo que trabajaba como asesora del senador. En todos los casos, el acceso a los entrevistados fue a partir de contactos de conocidos y nunca por “bola de nieve”⁴.

Cuando al finalizar cada charla proponía a los senadores la posibilidad de que me sugirieran alguien más a quien entrevistar, las reacciones se dividían entre quienes, dudando, mencionaban nombres que “me iban a interesar”, pero a los que debía acercarme desde cero y sin ningún aval y entre los que llamaban inmediata y enérgicamente a sus secretarios para que me contactaran con algún colega. Al igual que con los primeros, con estos últimos las gestiones se dilataban enormemente o se trababan dándome a entender que tenía que “esperar que me llamen” o llamar “más adelante, en otro momento”.

Por otra parte, se me abrió súbitamente la posibilidad de realizar observaciones más allá de las situaciones de entrevista. Por más que yo lo había buscado, no tenía grandes esperanzas. Sin embargo, al contarle a una senadora que estaba interesado en presenciar las sesiones de la cámara, encargó a la prosecretaría parlamentaria del Senado una credencial de asesor a mi nombre con mi foto que me permitió un amplio acceso a las dependencias de la cámara. Aunque lejos de la amplitud y extensión de un trabajo como el de Abélès (2000) sobre el parlamento francés, pude estar en sesiones y deambular libremente con mi anotador por los pasillos del congreso.

3.2 La experiencia de las entrevistas

Existe una imagen visual del Senado de la Nación consagrada por las cámaras de televisión cuyo escenario es el Palacio del Congreso y, más precisamente, las dependencias a las que se ingresa por la calle Hipólito Yrigoyen al 1800, en el centro de la ciudad de Buenos Aires. Allí funcionan como escenografía de reportes, entrevistas y sesiones, amplios pasillos con puertas antiguas de madera, delicados vitrales, imponentes escaleras de mármol, bronce, tulipas, alfombras y demás elementos que caracterizan la arquitectura del centenario edificio. La impresión del espectador se marca entonces por la magnificencia y el lujo, pero también por el orden y el protocolo. Marcela Ferrari destaca cómo, ya en la década de 1910, la opulencia del edificio del parlamento ejercía un fuerte magnetismo en los nuevos legisladores llegados de las provincias (2008, p. 50). Su arquitectura imponente había sido concebida con ese fin y como todo un símbolo de la Argentina de aquel entonces. Poder y suntuosidad emanaban de la sede de uno de los tres poderes del Estado. En “el palacio” encontramos el recinto de

sesiones, salones para reunión de comisiones y eventos, oficinas de los bloques legislativos y los despachos del presidente, de los secretarios y de algunos senadores, generalmente autoridades de bloque.

Pero si lo que esperaba al llegar allí era encontrarme con un espacio simbólicamente “expulsor”, que me marcara a cada momento que yo no pertenecía a ese ámbito y sólo podía entrar por conmisericordia, estaba errado. La gran cantidad de personas que trabajan en los edificios de la cámara permite un anonimato en el cual asesores, empleados y visitantes pueden confundirse libremente en los espacios comunes de los edificios –vestíbulos, pasillos, ascensores, etc.– sin necesidad de justificar o defender los motivos de su presencia. Aun así, si bien realicé varias entrevistas en el palacio, la mayoría tuvo lugar en el anexo.

La cantidad de senadores nacionales –especialmente tras la ampliación del cuerpo a 72 integrantes luego de la reforma constitucional de 1994– y de dependencias de la cámara hace necesario el uso de un segundo edificio, el cual posee características visuales y funcionales distintas. El anexo “Senador Alfredo L. Palacios”, funciona en el edificio que otrora perteneciera a la Caja Nacional de Ahorro Postal sobre Hipólito Yrigoyen, frente a la Plaza del Congreso y en diagonal al palacio legislativo. La construcción data de la década de 1940 y está realizada en el estilo racionalista propio de los grandes edificios públicos de la época. Su amplio frente de casi una cuadra de largo está mayormente ocupado por la Biblioteca del Congreso, reservándose tan solo dos puertas próximas a la esquina de la calle Solís para el ingreso a las dependencias del Senado de la Nación. Allí se sitúan numerosos despachos de senadores, salas de reunión, comisiones y oficinas administrativas. Al “anexo”, como se lo conoce comúnmente entre legisladores y empleados del cuerpo, se accede por la entrada general, o bien por la puerta exclusiva para senadores que se encuentra separada.

Cuando hice la primera entrevista al senador A,⁵ entrar a este monumental edificio me produjo en un primer momento una sensación contradictoria entre el descomunal porte de la construcción erguida frente a la plaza y el estrecho y atestado hall de acceso en el que se cruzaban desde asesores hasta personal de mantenimiento, pasando por empleados de seguridad, proveedores y un variopinto abanico de personas que se acercaba a realizar trámites o a entrevistarse con algún funcionario. Bastaba reparar en los mármoles gastados, la pintura ajada, las manchas de humedad, el polvo acumulado sobre muebles deteriorados, las computadoras viejas o, directamente, la informalidad de los encargados del acceso para recordar el clima a repartición pública tantas veces estereotipado, que contrastaba en parte con el escenario que se presenta en el palacio.

Tras una espera desorganizada en un cuarto contiguo al acceso, fui atendido por el personal de recepción, quien anunció mi llegada por teléfono a la oficina a la que me dirigía. Me entregaron una ficha con mis datos que hube de devolver firmada por algún responsable del despacho e indicaron el piso al que debía dirigirme. Posteriormente, tuve que atravesar un detector de metales y hacer pasar mi mochila por un *scanner*. Estos breves procedimientos de seguridad y control de los visitantes al anexo resultan por demás endebles, habida cuenta de que, en rigor, casi nunca me pidieron ver la ficha entregada al ingresar, así como tampoco me exigieron devolverla firmada a la salida. Además, los guardias no parecían atender a las sugerencias de la alarma del detector de metales y su función se inclinaba más a orientar al público que a revisar sus pertenencias.

Finalizado el procedimiento de ingreso, la misión era conquistar un lugar en alguno de los ascensores viejos y descuidados que se encuentran dispersos por el pequeño hall. La llegada a los pisos superiores reforzó la impresión de encontrarme en una dependencia pública más, que podría ser la Cámara de Senadores o la última de las direcciones estatales. Cualquier posibilidad de reencontrarme con el esplendor y la elegancia propios del palacio estaba definitivamente sepultada. Los marcadores de poder no pasaban entonces por el espacio físico de interacción y su contexto. Poco y nada de lo que había supuesto *a priori* como característico de entrevistar a las elites políticas había tenido lugar hasta ese momento. Si ya el palacio, a pesar de su pomposa arquitectura, no me parecía nada grave, el anexo era un lugar feo y descuidado que me dio aun más confianza para enfrentarme a la situación de entrevista.

Mi intención era lograr una apariencia a la vez formal y desestructurada. Vestido con un traje oscuro sin corbata procuré sostener una actitud cordial, simpática e inocente que reflejara interés y admiración frente a las palabras

del senador. Buscaba estimular en él una suerte de fluir de la conciencia combinando dos situaciones típicas: la del entrevistado que se toma a sí mismo como un personaje notable y la del político que se dirige a un auditorio que lo escucha seducido.

El quinto piso está casi completamente reservado para despachos de senadores, entre ellos el de A. El modo en que se encuentra amueblado y decorado, así como la circulación de personas que allí tiene lugar y sus tareas, me recordaron vagamente la imagen de un estudio jurídico o contable. Al ingresar, había un sillón de espera junto a una planta y el amplio escritorio de la secretaria, quien organizaba la agenda del legislador, atendía el teléfono y recibía a las personas que iban de entrevistarse con él. El mobiliario de tono gris –estandarizado para todas las oficinas del piso– conservaba cierto aspecto moderno, mas era evidente la falta de mantenimiento y conservación. El cuadro que obtuve desde el sillón de cuero es el de una secretaria utilizando la computadora y atendiendo el teléfono, otro escritorio vacío, ventanas que dan a un pasillo, estantes con ficheros y paquetes de resmas de papel y una fotocopiadora a la que ocasionalmente se acercan para utilizar empleados –todos vestidos de traje– de otros ambientes del mismo despacho.

Si distinguimos entre la existencia de una región anterior y una región posterior en la interacción (Goffman, 2004, pp. 117-151), mientras que la primera remite a lugar donde ocurre la actuación, es decir a la conversación o intercambio gestual entre el actor y su auditorio, la segunda refiere al trasfondo escénico en donde la fachada del actor puede ser intencionalmente contradicha. En nuestro caso, el ingreso del entrevistador al despacho de un senador supone la constitución inmediata de una suerte de región anterior en donde los actuantes levantan sus fachadas y ajustan sus acciones a las que las personas ajenas al despacho esperan para cada rol. La secretaria hace de secretaria, el pasante de pasante, el asesor de asesor y, finalmente... el senador de senador. De esta manera se forma un verdadero equipo de actuación, en el que los diversos actores cooperan para sostener la rutina que aquí podríamos llamar “del senador de la nación que otorga una entrevista”.

La distinción entre una región anterior y una región posterior alcanza su máxima expresión en la situación más estrictamente teatral del mundo de los senadores: la sesión. La sobrerreglamentación de la interacción, el saberse observado y escuchado por los pares, la televisación constante del acontecimiento y el registro público taquigráfico de toda intervención provocan una situación en la que la interpretación del rol –desde el uso de la palabra propiamente dicho hasta la manera de sentarse, de vestirse, de escuchar al colega y de intercambiar comentarios con otros senadores– debe ser mantenida de forma continua y en un estado de alerta general permanente. En contraste, los pasillos circundantes al recinto rebozan de asesores y de senadores que salen a consultarlos o a hablar entre ellos de modo informal. Uno de los elementos más determinantes de la actitud de los senadores en este respecto está en las cámaras de televisión. Así como su encendido en los vestíbulos ante la pregunta de los periodistas produce la interpretación del rol, el saberse no enfocado por las transmisiones en vivo desde dentro del recinto relaja la expresividad controlada y permite distraerse hablando con el compañero de al lado, tomando café o leyendo papeles.

Atravesando una oficina intermedia sin ventanas en la que dos personas trabajan con computadoras en sus escritorios, llegamos a un pequeño hall que nos condujo a la oficina privada del senador. La misma tiene unos veinte metros cuadrados y una puerta doble que la une a una sala de reuniones. Su ventana da al contrafrente del edificio y desde allí pueden verse las construcciones sobre la calle Alsina. Contra la pared de la doble puerta se encuentra colgado un cuadro de su club de fútbol y el diploma de un reconocimiento que otorga un semanario especializado en la actividad parlamentaria. En la pared opuesta están las banderas de su distrito y de la Argentina, cuyos tonos se hallan algo sucios y diluidos. En la biblioteca se encuentran fotos con niños y numerosos volúmenes de editorial La Ley, que también encontraremos en las oficinas de otros senadores. El escritorio es amplio y también gris, al igual que prácticamente todos los muebles. No posee computadora, pero en él se apilan gran cantidad de papeles, carpetas y libros entre los que sobresale un teléfono y un lapicero. Los días en que hay sesión –ya sea de la cámara o de alguna comisión– a A se lo puede ver de traje oscuro con corbata. Sin embargo, cuando no tiene actividades públicas planificadas suele vestir con pantalón claro, camisa y saco deportivo. Nuevamente, el espacio físico y el contexto situacional en general no anticipaban necesariamente el tipo de

interacción que iba a tener con mi entrevistado.

Sin embargo, independientemente de la apariencia del lugar o de las impresiones que generara, el sitio en el que transcurre toda interacción condiciona en alguna medida la definición de la situación y la puesta en escena por parte del entrevistado. Hablar con el senador de la nación en su propio despacho es distinto a entrevistarlo en la mesa del bar de la esquina. Escenarios, fachadas, roles y expectativas están mutuamente relacionadas.

Me recibió con una combinación de parsimoniosa cortesía y cierta distancia, manifestando un trato formal que posteriormente se iría distendiendo hasta lograr un clima apenas más relajado. Durante todo el encuentro primaron las respuestas cortas y medidas, siempre en tono frío y profesoral, aguardando que la entrevista terminara pronto.

En la difícil, lenta y engorrosa tarea de conseguir una audiencia con un senador nacional me había sido preciso resumir al mínimo los objetivos de la investigación y mostrar su lado más amable. En caso contrario, podía dar la impresión de estar pidiendo información que el senador no daría o dando a entender que se trataba de una entrevista muy prolongada. Al mismo tiempo, debía dejar en claro que no se trataba de una nota periodística, evitando las simplificaciones que ese formato conlleva.

Mi plan era comenzar por la consigna acordada al momento de concertar la entrevista, a saber: la de “conocer la trayectoria profesional y la carrera política del senador”. La apuesta consistía en que los demás datos acerca de su vida familiar y su pasado fueran surgiendo, orientados por mí, durante la charla. De este modo, todas las entrevistas comenzaron con una suerte de monólogo de entre tres y diez minutos aproximadamente en los que los senadores se presentaban a sí mismos y ofrecían una somera autobiografía. Entrevistar individuos que se encuentran acostumbrados a y entrenados en ser entrevistados hacía que esa disertación tuviera toda la apariencia de haber estado elaborada previamente. Resaltaban aquello que era visto como positivo para la imagen del político y dejaban de lado o minimizaban los puntos que pudieran debilitar el relato.

A: Un gusto de participar en esta investigación, en este trabajo que está realizando. Como sabe, yo provengo de la universidad. (...) Además, me dedico a escribir cuando puedo, todo lo que puedo, y a leer también, poesía. Tengo también alguna publicación poética de hace tiempo. Y ahora estoy por editar un libro de poemas que tiene nuevas versiones de viejas cosas y nuevas cosas. Tal vez si me hace preguntas específicas a partir de lo que hasta ahora le conté... le voy contando más.

Investigador: Sí. La idea es también que sea una charla desestructurada. Usted estudió...

A: Yo estudié... en la... Hice el profesorado, la licenciatura y el doctorado. En su momento, definí mi vocación en la búsqueda que hace todo adolescente o muchos adolescentes que están buscando una reformulación de su problema de vida, digamos. Digamos, en todo caso. (...) Tengo libros publicados, artículos publicados, etcétera. Y trato de seguir haciéndolos. También me expreso a través de la poesía. Pero intenté muchos años expresarme a través de la música también. Antes de definir mi rumbo... he aspirado a ser músico profesional, digamos ¿no? Pero bueno. Eso ya lo he dejado hace demasiado tiempo.

(Fragmento inicial de entrevista. Duración aproximada incluyendo las partes omitidas: 8 minutos).

Se trataba, evidentemente, de un senador con un elevado nivel sociocultural y un manejo del habla propio del mundo intelectual. El relato de la propia vida era breve, pero conciso y me demostraba cómo pretendía ser visto. Al igual que en otros, buscaba presentarse como marginal o exterior al mundo político, aun cuando un análisis de su trayectoria de vida pusiera esto en duda. No hacía ninguna referencia a su recorrido político, que sólo podría ir develándose trabajosamente a lo largo de toda la entrevista. En este sentido, controlaba conscientemente la información que deseaba que se supiese de sí mismo y se presentaba como un intelectual y un artista que había llegado al mundo político por una serie de contingencias que habían puesto en valor su largo tiempo latente

vocación por el país. De modo análogo a la idea del mundo económico del *self-made man*, los políticos profesionales también pueden presentarse como ilustres ajenos a la política que forjaron todas sus armas casi exclusivamente con su esfuerzo personal.

En todas las entrevistas que realicé a senadores, la imagen de sí que cada uno buscaba dar estaba, al menos al comienzo, muy controlada. Uno de mis desafíos era el de ir ahondando de la manera menos disruptiva posible en los puntos que más me interesaban a los fines de conocer su trayectoria personal y familiar, sus sociabilidades y representaciones. Se trataba de horadar la fachada impuesta. Ahora bien, la objetivación de sí mismos, el relato prefigurado, etc., no son privativos de las elites, sino avatares comunes con los que todo investigador se ha topado. Pero aquí la situación siempre se definía a fuerza de gestos y palabras que el entrevistado estaba en mejores condiciones de utilizar dada su posición social y su investidura formal. De allí que pudieran permitirse interrumpirme, aparentar enojo o sorpresa o dar por finalizada una entrevista de manera más o menos abrupta.

A: Yo siento que tengo un diálogo con Dios. Y eso es diferente a creer en él. Pero es una sutileza que ahora no quiero ponerme a desarrollar. Si me permitís.

I: ¿No? Brevemente...

A: Mucho trabajo, Gabriel.

(Un minuto después dio por terminado el encuentro al pararse mientras terminaba de contestar una pregunta).

El punto álgido de esta interacción tuvo lugar al finalizar una de las entrevistas, con el grabador apagado, en la que el senador se sorprendió por mi pedido de un nuevo encuentro pronunciando a media voz “¿Qué pretende usted de mí?”.⁶ La senadora B, quien ayudó en todo momento con la investigación abriendo puertas y relatando su historia de vida con gran profundidad y emoción, tampoco escapó a esta regla. Hablando de la hija maestra y de cómo repercutía en su trabajo que la madre fuera una conocida política.

B: Y la entiendo, viste. El primer año la pasó muy mal. Nadie le hablaba. Entraba ella y todos se callaban la boca. Digo, esas cosas que no tienen que ver con educadores que tienen un grado de conciencia interesante. Bueno, no sé si querés alguna cosita más.

(La entrevistada mira fijo al entrevistador y luego toma unos papeles de su escritorio. Termina el encuentro).

También controlaban la agenda de temas al responder de forma elíptica o al simular estar refiriéndose a lo que el investigador preguntaba, pero hablando de otro tema que sí les interesaba que quedara registrado. Los silencios que utilizaba para que el entrevistado retomara sus dichos o los reformulara, se tornaban aquí en desaprobaciones por parte del senador que le servían para fijar los límites de lo preguntable y el tiempo de duración de la charla. Suspiros, gestos de incredulidad levantando las cejas, pequeños rictus, miradas perdidas, variaciones en la velocidad del habla, cumplían la función de comunicarle al investigador que el final del encuentro era inminente.

I: ¿Y esas instituciones intermedias cuáles serían?

A: (Silencio y mirada de fastidio) ¿Redondeo?

I: Tengo algunas cosas...

A: Bueno...

I: Concretas.

A: (Suspiro) Eso puede ser mucho...

(El entrevistado continúa de manera breve y cortante)

Las entrevistas se transformaban en una negociación constante y desigual entre las dos partes, de la que los casos apuntados de A y B son ilustrativos. Aun con las diferencias de cada senador, el dar una entrevista era, desde un primer momento, visto generalmente como un favor. A las dificultades propias de conseguir nuevos entrevistados, se les sumaban entonces los obstáculos que surgían en la interacción. En este sentido, por razones puramente prácticas, se imponía una readecuación de mi estrategia en el terreno.

4. Reformulando estrategias frente a las dificultades del campo

Esta parte del trabajo de campo presentó una serie de desafíos que me llevaron a cuestionar el lugar privilegiado en el que había puesto a las entrevistas al comienzo de la investigación y a entenderlas como un componente más entre otros, que me permitía conocer los modos en que cada senador se presentaba y objetivaba su propia trayectoria y algunos datos “objetivos” más que no encontraría en otras fuentes. Después de todo, asignar a las entrevistas un valor superior *a priori* frente a otras operaciones metodológicas por el sólo hecho de constituir un encuentro cara a cara resulta tan mitificador como, en otro caso, podría serlo el privilegiar el trabajo de archivo. La cuestión de la poca cantidad de entrevistas conseguidas no era entonces un problema, sino una característica del campo. Esto sólo pude comprenderlo sobre la marcha y como parte de un ejercicio de reflexividad.

Littig (2009, p. 102) sostiene que el principal clivaje que divide a las entrevistas separa a aquellas basadas en una visión positivista de la ciencia y la realidad sociales de las que se encuentran situadas en una perspectiva constructivista. Positivismo versus hermenéutica, búsqueda de datos “duros” contra interpretaciones, interés por lo “objetivo” frente a reconstrucciones de sentidos “subjetivos”. Aun cuando típica idealmente esta distinción sea operativa, en la práctica pueden pensarse como dos dimensiones de la entrevista presentes ambas en la interacción. La formación del investigador, sus preguntas e intereses pueden orientarlo a darle mayor peso a uno u otro aspecto. Sin embargo, encontrar datos fácticos y, al mismo tiempo, comprender significados son fines perfectamente compatibles. Respecto a este último, sólo las observaciones y los encuentros cara a cara de las entrevistas resultaban provechosos, independientemente de cuántos senadores pudiera conocer o la cantidad de veces que presenciara una sesión.

En este sentido, la riqueza de las observaciones realizadas al entrevistar, o en las sesiones de la cámara, se presentó de manera inesperada como un recurso que iba mucho más allá de la mera contextualización del trabajo de campo o de la ilustración anecdótica de mis vivencias como novel investigador. Se trataba de un material *sui generis* que daba cuenta de las prácticas y representaciones de los actores en torno a su propia persona, su profesión, sus visiones del mundo, de sus colegas y del mismo entrevistador.

Ahora bien, la búsqueda de hechos, relaciones e ideas debía hacerla desde múltiples lugares y recurriendo a todos los ejercicios que fueran necesarios, máxime tratándose de individuos de tan difícil acceso. Así, el trabajo con fuentes secundarias aumentó su peso relativo y busqué completar lo máximo posible la matriz de datos que había confeccionado antes de comenzar con las entrevistas.

Por otro lado, también me volqué más fuertemente a entrevistar asesores, empleados de la cámara y periodistas que, a modo de informantes, pudieran también servirme para empaparme en la vida cotidiana del Senado y ayudarme a reconstruir las carreras políticas y las trayectorias de los senadores. Además de mis interpretaciones de corte hermenéutico debía establecer los hechos reales en tanto tales, identificar los lugares por los que cada actor efectivamente había pasado.

Primero entrevisté a empleados administrativos, a exasesores, al locutor oficial de la cámara y al director del canal

de televisión del Senado, entre otros, buscando pistas e información que me sensibilizaran en el resto del campo. La posibilidad de que me facilitaran algún contacto para entrevistar más senadores quedó trunca y, al respecto, una entrevistada fue muy tajante: “no te van a dar una entrevista a menos que seas de su provincia o que les sirvas para algo”. Aunque en buena medida esto quedó desmentido para algunos casos, la frase quedaría resonando en mi cabeza frente a las sucesivas cataratas de dilaciones y rechazos. En segundo lugar, me aboqué a entrevistar periodistas políticos especializados en la cobertura del parlamento. Esta idea resultó bastante fructífera ya que me facilitaron ciertos datos que desconocía y tuve la oportunidad de discutir algunas de mis ideas y análisis parciales con personas que, aunque ajenas a la práctica de las ciencias sociales, son muy versadas en el campo.

En definitiva, de un esquema que privilegiaba a las entrevistas por sobre todo, pasé a un abordaje que combinaba la realización de entrevistas a senadores junto con observaciones, una indagación más importante en torno a fuentes secundarias y entrevistas a informantes. De esta manera, pude abordar tanto la búsqueda de hechos que me permitían reconstruir trayectorias como de los sentidos y representaciones generados en torno a ellos.

5. Las trayectorias de los senadores entre lo local y lo transnacional

Luego de reconstruir un buen número de casos –a partir de entrevistas y de otras fuentes– consideré estar llegando a lo que la teoría fundamentada denomina saturación teórica (Strauss y Corbin, 1994; Soneira, 2006). Distinguí dos objetos distintos: las trayectorias sociales y las carreras políticas. Ambos se fueron definiendo en sus formas como producto de la indagación empírica y no de la comprobación de teorías invocadas *a priori*. Mientras que las trayectorias se inscriben en la tradición sociológica de reconstruir los recorridos de las vidas de los individuos en las esferas familiar, educativa, laboral, religiosa y otras más teniendo en cuenta su socialización, sus sociabilidades y redes y sus experiencias biográficas, la idea de carrera política la entendemos concentrada en seguir las sucesivas posiciones, cargos y pertenencias institucionales de los actores políticos. Así vista, la trayectoria social de un político profesional comprende también a su carrera.

Partiendo de los cargos ocupados con anterioridad a su llegada a la Cámara identifiqué cinco perfiles de construcción política: los *gobernadores*, los *intendentes*, los *legisladores*, los *ministros* y los *reconvertidos*. Estos tipos me permitieron comprender los distintos modos de llegar al Senado y los diversos recorridos de los actores estudiados. Al ponerlos en relación con trabajos que estudiaron períodos anteriores, pude evaluar también en algunos casos continuidades y rupturas.

Respecto a las trayectorias, emergió un clivaje que dividía a los actores entre aquellos que habían tenido socializaciones y sociabilidades de tipo local y los que las habían tenido de tipo mayormente transnacional. Reconstruyendo las historias de los actores estudiados se volvió patente que alguna de estas dos lógicas subyacentes atravesaba los distintos recorridos. Y esos elementos no eran exclusivos de las carreras políticas tal como las entendemos, sino que se hacían presentes en diferentes dimensiones de la vida de estas personas. Particularmente en sus representaciones sobre lo nacional, que era una dimensión que me interesaba mucho.

En el tipo local se trataba de recorridos en los que la mayor parte de la vida, especialmente la infancia y la adolescencia, tenían lugar en ciudades chicas o pueblos, en provincias de menor peso demográfico y menor desarrollo económico, o en ambos. Estas trayectorias conservaban el anclaje local no en el hecho de tratarse de personas que no salieran seguido del país o viajaran por el mundo, sino en que el grueso de su experiencia de vida esta circunscripta a y referenciada en unidades territoriales más reducidas y con un horizonte de posibilidades local o provincial.

Por otra parte, en algunas trayectorias, ya fuera por vía familiar, académica, religiosa, laboral o de la propia actividad política, los actores circulaban por redes y espacios transnacionalizados por los que viajan y en los que están en contacto con personas y organizaciones de otras partes del mundo. En los casos más prototípicos lo transnacional se daba de manera muy nítida en consonancia con lo que Monique de Saint-Martin refiere para las fracciones con mayor capital cultural de las elites: el aprendizaje de idiomas, formación educativa internacional,

viajes y estadías en el extranjero (2005).

La idea de “polos” obedecía a que eran dos lógicas opuestas, pero con múltiples grados, combinaciones y lugares intermedios. Introducía asimismo matices a las connotaciones dicotómicas del clivaje. Aun así, no se trataba de situar todos los casos sobre un continuo. Lo que me interesaba subrayar es que existían dos lógicas distintas en las trayectorias de los políticos y que se podían ver en sus socializaciones –en sentido amplio– y en los espacios de sociabilidad en los que interactuaban y por los que circulaban.

A la hora de las entrevistas, las diferencias entre tipos de trayectoria se vieron reflejadas en distintos niveles de acceso al campo. Aunque no podría establecer una relación lineal o directa, era usualmente más sencillo conseguir un encuentro con los senadores más “transnacionalizados”, quienes también estaban más dispuestos a compartir sus experiencias y el recorrido de sus vidas o, como se vio, el relato fuertemente elaborado que de ellas hacían. Pasar una hora con un tesista desconocido era visto como una concesión, pero algo perfectamente comprensible y que formaba parte de su horizonte de posibilidades como personas públicas.

En el caso de quienes estaban más cerca del polo local la insistencia para conseguir una entrevista debía ser mayor y los motivos expuestos tenían que tener una justificación más centrada en la importancia del distrito que cada senador representaba. Había que interesarlos y convencer a los asesores que no se trataba de una pérdida de tiempo. Así, encontré muchas más dificultades en obtener entrevistas con estos últimos senadores que con los primeros, no obstante los obstáculos señalados se dieron en mayor o menor medida en todos los casos.

6. Reflexiones finales: las entrevistas a elites y el diseño flexible

Durante mi experiencia de campo buena parte de las dificultades pronosticadas se fueron comprobando una a una. Los problemas de acceso, las asimetrías de poder en la interacción, el ocultamiento de información, la fuerza de los relatos preelaborados, el manejo de los tiempos por parte del entrevistado y tantos otros se manifestaron casi continuamente. El modo de sortearlos para preservar la validez de la investigación estuvo íntimamente ligado a los pilares de las estrategias metodológicas cualitativas (Denzin y Lincoln, 1994; Vasilcahis de Gialdino, 2006), las cuales poseen un carácter multimetódico y un variado mosaico de perspectivas (Patton, 2002, p. 272).

El tipo de diseño cualitativo se vale de esquemas flexibles que pueden ser redefinidos en el proceso de investigación a la luz de situaciones nuevas o inesperadas. Cada componente puede ser reconsiderado o modificado en respuesta a nuevos desarrollos o a cambios en alguna de las otras partes (Maxwell, 1996; Mendizábal, 2006). El carácter reflexivo e interactivo de estos planteos permite una vuelta constante sobre sí mismos revisando sus preguntas, contexto conceptual y métodos conforme la indagación empírica avanza y arroja nuevos datos e inquietudes en el investigador.

En el marco de estas premisas y a la luz de mis primeros pasos en el trabajo de campo, debí reformular mi abordaje empírico. Al comienzo, mi diseño y mis intenciones se centraban casi exclusivamente en la realización de entrevistas en profundidad con los senadores, además de un trabajo complementario con algunas fuentes secundarias, como currículums *on-line* y diccionarios biográficos. Pero esta etapa de la investigación se volvió cada vez más frustrante antes las dificultades señaladas. Así fue cómo la experiencia me llevó a reformular el diseño metodológico combinando las entrevistas a los senadores junto con la realización de observaciones, una búsqueda más profunda de información a partir de fuentes secundarias y las entrevistas a informantes clave.

De esta manera intenté preservar la consistencia de la investigación, aunque no ya centrada en los encuentros cara a cara, sino valiéndome de diversas fuentes. En el proceso de construir mis categorías y finalizar exitosamente mi tesis de doctorado, mis directores me instaron a poner en práctica un profundo ejercicio de reflexividad gracias al cual la flexibilidad y la complementariedad de técnicas fueron centrales para conducir una investigación de este tipo.

Bien entendidos, los problemas que surgen en el trabajo de campo con elites pueden convertirse en oportunidades

de comprender el modo en que estos actores se presentan a sí mismos y desarrollan una cotidianeidad en su lugar de trabajo. Las dificultades abren puertas a nuevas dimensiones en un comienzo no consideradas y fomentan la búsqueda de otras fuentes y métodos. Cuando lo importante es la construcción del dato y su significatividad en relación a los objetivos del trabajo, distintos tipos de materiales y técnicas –más o menos ortodoxas– pueden articularse, evitando aferrarse a las estrategias y diseños concebidos antes de salir al campo.

Agradecimientos

Quisiera agradecer los comentarios de Luis M. Donatello, María Eugenia Funes, Verónica Giménez Béliveau y dos evaluadores anónimos de la revista realizados sobre una versión preliminar de este artículo.

Notas

1 Mis estudios de doctorado fueron posibles gracias al financiamiento del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de la Argentina. Defendí mi tesis “Elites políticas y nación: trayectorias sociales y representaciones sobre lo nacional de los senadores (2001-2011)” el 6/10/2014 bajo la dirección de Luis M. Donatello y Gilles Bataillon, obteniendo los títulos de Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y de Docteur en Études Politiques de la École des Hautes Études en Sciences Sociales, en el marco de un convenio de cotuela.

2 La antropología de las elites ha desarrollado ampliamente estas cuestiones en trabajos como los de Marcus (1983) y Shore (2009).

3 Anuario editado por la Fundación Directorio Legislativo con información acerca de la composición de ambas cámaras del Congreso Nacional argentino. Contiene fichas con datos de la carrera política y la actividad legislativa de cada diputado y senador brindadas por los propios legisladores a través de encuestas estandarizadas.

4 Esta mecánica, en la que cada entrevistado sugiere un nuevo contacto, estaba completamente naturalizada entre mis colegas que no entrevistaban a elites.

5 Si bien en la investigación de la tesis identificamos por su nombre a los senadores, en este artículo decidimos mantener la confidencialidad de los dos casos citados ya que en todas las entrevistas el acuerdo para hacerlas públicas sólo se refirió a los elementos ligados a sus carreras y trayectorias.

6 La frase del senador, que da el título a este artículo, pertenece a la cultura popular argentina y proviene de las películas protagonizadas por Isabel Sarli en las décadas del sesenta y setenta. Si bien aparece con variaciones en distintos films, la protagonista recurre a la frase para defenderse del protagonista masculino que está a punto de atacarla sexualmente.

Referencias bibliográficas

Abélès, M. (2000). *Un ethnologue à l'Assemblée*. París: Odile Jacob.

Bachelot, C. (2011). L'ethnographie des dirigeants de partis. Le cas du Parti Socialiste. *Genèses*, 2(83), 118-132.

Badaró, M., y Vecchioli, V. (2009). Algunos dilemas y desafíos de una antropología de las elites. *Etnografías Contemporáneas*, 4(4), 7-20.

Bourdieu, P. (1999). Comprender. En P. Bourdieu (Dir.), *La miseria del mundo* (pp. 527-543). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Buarque de Hollanda, C. (2011). *Teoría das elites*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Chamboredon, H., Pavis, F., Surdez, M. y Willemez, L. (1994). S'imposer aux imposants. À propos de quelques obstacles rencontrés par des sociologues débutants dans la pratique et l'usage de l'entretien. *Genèses*, 16, 114-132.
- Creswell, J. W. (1998). *Qualitative Inquiry and Research Design. Choosing among Five Traditions*. Londres: Sage.
- Denzin, N. K., y Lincoln, Y. S. (Eds.). (1994). *Handbook of Qualitative Research*. California: Sage.
- Dexter, L. A. (1970). *Elite and specialized interviewing*. Evanston: Northwestern University Press.
- Ferrari, M. (2008). *Los políticos en la república radical: prácticas políticas y construcción de poder*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ferrarotti, F. (1988). *Biografía y ciencias sociales*. San José de Costa Rica: FLACSO.
- Gené, M. (2014). Sociología política de las elites. Apuntes sobre su abordaje a través de entrevistas. *Revista de Sociología e Política*, 22(52), 97-119.
- Germani, G. (1969). *Sociología de la modernización*. Buenos Aires: Paidós.
- Gessaghi, V. (2001). La experiencia etnográfica y la clase alta: ¿nuevos desafíos para la antropología? *Boletín de Antropología y Educación*, 2(3), 17-26.
- Goffman, E. (2004). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Harvey, W. S. (2011). Strategies for conducting elite interviews. *Qualitative Research*, 11(4), 431-441.
- Laurens, S. (2007). "Pourquoi" et "comment" poser les questions qui fâchent ? Réflexions sur les dilemmes récurrents que posent les entretiens avec des "imposants". *Génèses*, 69, 112-127.
- Littig, B. (2009). Interviewing the Elite – Interviewing Experts: Is There a Difference? En A. Bogner, B. Littig, y W. Menz (Eds.), *Interviewing Experts* (pp. 98-113). Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Mallimaci, F. H., y Giménez Béliveau, V. (2006). Historia de vida y métodos biográficos. En I. Vasilachis de Gialdino (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 175-212). Barcelona: Gedisa.
- Marcus, G. E. (1983). *Elites: Ethnographic Issues*. Albuquerque: University of New Mexico.
- Maxwell, J. A. (1996). *Qualitative research design. An interactive approach*. Londres: Sage.
- Mendizábal, N. (2006). Los componentes del diseño flexible en la investigación cualitativa. En I. Vasilachis de Gialdino (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 65-105). Barcelona: Gedisa.
- Patton, M. Q. (2002). Two decades of developments in qualitative inquiry: A personal, experiential perspective. *Qualitative Social Work*, 1(3), 261-283.
- Richards, D. (1996). Elite Interviewing: Approaches and Pitfalls. *Politics*, 16(3), 199-204.
- Saint-Martin, M. de (2005). Méritocratie ou cooptation ? La formation des élites en France. *Revue internationale d'éducation de Sèvres*, 39, 57-63.
- Shore, C. (2009). Hacia una antropología de las elites. *Etnografías Contemporáneas*, 4(4), 23-46.
- Soneira, A. J. (2006). La "Teoría fundamentada en los datos" (Grounded Theory) de Glaser y Strauss. En I. Vasilachis de Gialdino (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp.153-173). Barcelona: Gedisa.
- Strauss, A., y Corbin, J. (1994). Grounded Theory methodology: an overview. En N. K. Denzin, e Y. S. Lincoln (Eds.), *Handbook of Qualitative Research* (pp. 273-285). Thousands Oaks: Sage.

Vasilachis de Gialdino, I. (2006). La investigación cualitativa. En I. Vasilachis de Gialdino (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 23-64). Barcelona: Gedisa.

Wright Mills, C. (1963). *La elite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.